



# Elegidos

por  
MIRTA ARLT

---

Teatro: SALA PLANETA  
Obra: ELEGIDOS  
Autor: TERRENCE McNALLY  
Traductor: Manuel Barberá  
Escenografía: Margarita Jusid y Leonor Puga Sabaté  
Dirección: Jorge H. Alvarez

---

CON LA DESENVOLTURA propia del su-  
reño que copa la gran ciudad, McNally  
—desde 1960, fecha de su graduación en  
Columbia— decide regocijar al público de  
Nueva York con obras y temas en torno a  
seres sumidos en la baraúnda de disposi-  
ciones legales, o precipitados en los recur-  
sos que arbitra la gran civilización para  
satisfacer los gustos particulares del hom-  
bre de nuestro tiempo.

McNally se reconoce como un autor de  
hoy por la denuncia de los sistemas so-  
ciales, la mofa, el ingenio y la mordacidad.  
Como en cada nuevo autor, se advierte en  
él la voluntad de batir el desenfado de sus  
predecesores aboliendo —entre otras co-  
sas— la ceremoniosidad y la sentenciosi-  
dad y exhibiendo la voluntad expresa de  
no hacer literatura, sino de dibujar, de per-  
filar un contorno del cual habrá de des-  
prenderse naturalmente la intención crí-  
tica del autor. Disuadir o persuadir ya con  
recursos desterrados de la mejor escena  
contemporánea. Solo mostrar configurando  
alcanza una validez teatral dinámica, que  
el espectador ya ha aceptado y ha aprendi-  
do a referir a experiencias familiares en  
su medio.

En *Elegidos*, fuera del subtítulo “acto en  
dos obras” el autor no está especialmente  
interesado en forzar la apariencia de ori-  
ginalidad, evidencia en cambio preocupa-  
ción por resultar entretenido, base sobre la

cual finca buena parte de su éxito en los  
Estados Unidos. Ser entretenido es el fac-  
tor que lo ha rescatado de los escenarios  
de off-Broadway para imponerlo en Broad-  
way.

En *Mediodía* (el primer acto de las dos  
obras) el autor consigue su propósito con  
la falsa camaradería en que incurren cinco  
seres equívocamente citados por el contac-  
to previo, a través de un aviso promisorio  
de relaciones amorosas aparecido en un  
diario de la localidad.

El método seguido por el autor está es-  
trechamente vinculado con el de los dra-  
maturgos de las clásicas comedias de erro-  
res, más el aditamento del sesgo vaudevi-  
llesco y la perversidad. La pieza no llega  
a ser más que una situación, una de las  
múltiples que compondrían los diversos hi-  
los de una verdadera intriga sobre la base  
de enredos. *Mediodía* es apenas algo más  
que un sketch, y aún cuando atisba en la  
crítica, dista mucho de calar en profun-  
didad. No pasa del ingenio en torno a la  
ocurrencia. Parte de una propuesta ve-  
rosímil, cuyo éxito consiste en prometer el  
plato fuerte de una escabrosidad que nun-  
ca se produce. Más que una pieza, se di-  
ría un ejercicio de esos que en norteamé-  
rica los ganadores de becas de creación  
realizan a menudo con buenos resultados.

No sabemos de qué año data *Mediodía*,  
pero toda la creación de McNally está en-

cuadrada dentro de los años sesenta y setenta. Después de recibir la Harry Evan Travelling Fellowship para trabajo creador debuta en off-Broadway y desde 1965 tiene acceso a los escenarios comerciales con varias de sus piezas. También es autor de televisión. Y en 1967 le otorgan una beca Guggenheim. Sus piezas proliferan y se dan fuera de Nueva York, en Minneapolis, los Angeles, Connecticut, Massachusetts y Manhattan, donde vive actualmente y es miembro del Actors Studio y de la Playwrights Unit. Es decir que se trata de un joven de 30 años que ha adquirido rápidamente status como dramaturgo esencialmente con piezas cortas.

La segunda de las obritas que integran el espectáculo de la Sala Planeta, *El que sigue*, desde hace tres años se mantiene en cartel en los Estados Unidos. En este caso la situación resulta más fácilmente compatible con nuestro espectador medio ya que es común aceptar las dificultades o el mal trago de un personaje que intente zafarse de la obligación que se le quiere imponer por error y apego a resortes burocráticos, lo cual puede ser trasladado por analogía a cualquier obligatoriedad hostil y que de suyo implique una situación embarazosa, tanto más si se tiene la desgracia de no disponer de argucias suficientes para salir airoso del trance.

El tema ha sido fuente de inspiración de gran cantidad de sketches revisteriles subidos de tono en todas las épocas, y si bien se maneja aquí algún resorte de mayor sutileza psicológica, el puntal de

la gracia reside fundamentalmente en las malas interpretaciones que dan a sus mutuas palabras los interlocutores, como el momento en que disparado el interrogante: "ojos?" el interrogado responde: "dos".

Jorge H. Alvarez saca partido de las posibilidades de atraer al público con dos piezas de fundamental "alivio cómico", donde hay crítica pero no mucha, donde el público abandona la sala meneando la cabeza por los despropósitos humanos pero no se siente acusado de no estar haciendo la revolución social, ni embestido con verdades que la natural abulia defensiva preferiría desconocer.

Por lo que resta, Hugo Caprera e Hilda Suárez, en *El que Sigue* dosifican la comicidad que se les ofrece mediante el recurso de respuestas contrapunteadas que oponen el candor y la hosquedad. Como protagonistas consiguen el aplauso entusiasta para la labor del equipo responsable de esta puesta. Mientras que en la primera de las piezas, *Mediodía*, debe señalarse la eficacia de Alberto Segado y de Oscar Alegre en quienes recae el tramo quizá más difícil de la pieza.

Omitimos el comentario sobre la escenografía puesto que no se trata de una obra que ponga a prueba el oficio de sus responsables y cualquier adjetivación revertiría en la perifrasis con que se significa un desempeño correcto.

La traducción ha recibido varias y atinadas modificaciones con respecto al libreto original, aun cuando no las suficientes. ♦

---

(Viene de la pág. 44)

bran Embajador y cuando reconoce que el sombrero es demasiado grande para él, pues hasta le tapa los oídos y los ojos, pide que le releven, pero en vano, y "las gentes pequeñas, mal intencionadas o mal informadas, logran que cada una de sus actuaciones se convierta en un estruendoso fracaso".

Tal era el hombre o el hombrecillo, según la información que nos ofrece tan abundante como legítima el señor Blasi Brambilla, y el poeta, mejor dicho, el versificador o declamador no sale más airoso, aunque todavía hay maestrías que obligan a los chicos a memorizar los apóstrofes contra Rosas y a declamarlos en celebración de los días patrios. ♦

Guillermo Furlong, S. J.